

# LA CASA DE LOS MUCHACHOS

## Y

# LAS INICIATIVAS DE LA PARROQUIA

Cristóbal Mirones Renedo

Párroco de la Asunción 1982

A veces una mirada retrospectiva nos puede llevar a la melancolía o a las añoranzas. Dicen que el envejecimiento aflora por ahí, aunque se tengan pocos años. Los cansancios y los desencantos acumulados no conllevan perspectivas. Otras veces, esa misma mirada cultiva nuestras esperanzas y nuestras ganas de seguir adelante, aunque los trabajos no sean pocos y los proyectos siempre estén a punto de nacer. La vida, entonces, se carga de primavera, aunque los años comiencen a pasar. Siempre hay semillas de novedad.

En esa alternativa me encuentro cuando repaso los casi veintidós años vividos en Torrelavega y en esta parroquia de Nuestra Señora de la Asunción.

En efecto, en estos años tengo muchas cosas que valorar y muchas personas por quienes dar gracias a Dios, ya que con ellas estuve metido en la historia de esta ciudad, no como espectador, sino como actor y casi siempre sin merecerlo: El compartir en este pueblo y con esta comunidad parroquial el asentamiento conciliar de la Iglesia; las salidas hacia una democracia aún no consolidada; el hundimiento de la modernidad, de la industrialización y las militancias; el desarrollo de la postmodernidad y la falta de sentido, la ruptura de todas las dictaduras de derechas o de izquierda, al menos como sistemas ideológicos dominantes; las situaciones de cambio permanente en los movimientos sociales, migratorios y urbanos etc. Son demasiados acontecimientos como para pasar de largo.

A todos ellos ha querido responder esta comunidad parroquial y, en todos ellos, el discernimiento como proceso y actitud, marcó su compromiso con este pueblo: Se acostumbró a mirar la realidad social, sus dinámicos y fronteras desde la acogida y el acompañamiento familiar; no con afanes de protagonismo, ni persiguiendo ser o aparecer como estructura de poder o paternalismo, sino como entregados al servicio de los que iban quedando desplazados, al margen del desarrollo creciente. O como búsqueda de dignidad humana con todos, pero sobre todo, para los menos atendidos o respetados. Por eso sus referencias no estuvieron nunca mendigando a nadie para nadie y menos a los que tenían poderes o influencias, sino junto al despertar de la conciencia de los que no podían ser escuchados, ni había tiempo para atenderlos. La toma de postura ante un urbanismo colapsado, cargado de ruidos, olores y conductas asociales, fue su primer compromiso comunitario. El primer atisbo de su identidad aquí y ahora.

Después vino el acompañamiento al mundo laboral en fábricas, talleres, familias y calles, llevado a cabo, sobre todo, por las Religiosas Franciscanas de Montpellier, aceptando los riesgos y los proyectos de los trabajadores.

Más tarde llegó el movimiento ciudadano, con el que se colaboró y dio acogida impulsando las primeras asociaciones de vecinos... y siempre inclinadas a la opción preferencial con los más pobres, significados en la cultura aquí implantada, por el enfermo y ancianos, transeúntes, parados, drogadictos, jóvenes y niños problematizados.

Naturalmente, no podemos detenernos en cada una de estas facetas que también se ha ido haciendo historia en la ciudad y en las que sacerdotes, religiosos y seculares, han ido dejando sus huellas de gratuidad y entrega a través de ellas. Pero no está mal que apuntemos la entrega a jóvenes drogodependientes o a niños problematizados en cuyo acompañamiento hay que citar sobre todo a la Casa de los Muchachos. Esta ha estado definida por dos épocas o etapas:

1) La de los años setenta que fue un tiempo de asentamiento y de creación de las necesidades del servicio. En ella habría que destacar la búsqueda del lugar apropiado para acertar con los chicos y sus procesos: Villa Onelia, Casimiro Sainz, Pintor Varela, etc.; y la entrega de: voluntariado social que desde Cáritas Parroquial o desde las propias familias, iban ilusionándose con el compartir y el compromiso de misión con los no aceptados socialmente, o con la puesta en práctica de una respuesta, cálida, generosa y prioritaria a la labor comunitariamente asumida hasta el despojo de tiempo, dinero y vida.

Como expresión de esa entrega, me gusta recordar con ilusión y respecto a Juanita Sanz, Francisco Alberdi, José María Ruiz-Capillas y Florencio Enríquez "que nos precedieron en los signos de la fe y el compromiso en esta tarea y duerme ya el sueño de la paz". Sus esfuerzos y desvelos ya tienen fruto.

2) La que supone la llegada, en 1982, de los padres Amigonianos, con quienes se consolida definitivamente la misión y el servicio.

Muchas cosas habría que resaltar en esta década, pero quiero remarcar dos: la creación del SOAM y de los educadores de calle, de los que se ha hablado en esta publicación ya. Pero acentué la labor tan importante de estos últimos, porque hay unos resultados comprobables con su presencia. Gracias a ella se ha roto la espiral de conductas antisociales o asociales que suelen crecer en los barrios de nueva creación o de convecinos extraños. El acercamiento a los jóvenes de un barrio y el seguimiento de su problemática o la acogida de las familias entre sí para el conocimiento, la amistad o la ayuda mutua, suelen ser motivo, en los barrios asentados, para una convivencia pacífica. Los educadores de barrio, en este aspecto, son lo más convincente que conozco. En lugares de extrañamiento y entre desconocidos, las medidas policiales no sirven. Y el Zapatón puede ser una muestra de ellos, frente a los resultados dados en otro tiempo en los barrios ahora asentados: Inmobiliaria, Covadonga, Nueva Ciudad...